



NEAL SHUSTERMAN

**INCO**  
**NEXION**

**INCONEXIÓN**

NEAL  
SHUSTERMAN



**INCO  
NEXIÓN**

Traducción y notas de Adolfo Muñoz

**ANAYA**

Título original: *Unsouled*

1.ª edición: mayo de 2015

© Del texto: Neal Shusterman, 2013  
Esta obra ha sido publicada por acuerdo  
con Simon & Schuster for Young Readers  
© De la traducción y de las notas: Adolfo Muñoz García, 2015  
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2015  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-7155-5  
Depósito Legal: M-9998-2015  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por  
la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*,  
publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,  
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes  
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran,  
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,  
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada  
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,  
sin la preceptiva autorización.*

*Para Jan, Eric y Robby, Keith y Thresa,  
Chris, Patricia, Marcia, Andrea, Mark,  
y todos mis amigos, que estaban ahí  
cuando más los necesité.*

# Índice

## PRIMERA PARTE. SIN ALAS

Los Rheinschild .....	13
1. Connor .....	16
2. Aplaudidor .....	40
3. Cam .....	46
4. Encargado nocturno .....	58
5. Lev .....	64
6. Connor .....	73
7. Grace.....	80
8. Connor .....	84
9. Lev.....	87
10. Connor .....	90
11. Centinela de la Reserva.....	97

## SEGUNDA PARTE. EJEMPLARES JÓVENES

Los Rheinschild .....	105
12. Risa .....	110
13. Cam.....	120
14. Director .....	132
15. Starkey .....	137
16. Risa .....	146
17. Argent.....	165

## TERCERA PARTE. CAÍDOS DEL CIELO

Los Rheinschild .....	175
18. Lev.....	177

19. Connor .....	182
20. Lev .....	187
21. Cam .....	197
22. Risa .....	203
23. Nelson .....	216
24. Argent .....	218
25. Connor .....	225
26. Lev .....	234
27. Starkey .....	242
28. Risa .....	246
29. Cam .....	254

#### CUARTA PARTE. EL AROMA DEL RECUERDO

Los Rheinschild .....	275
30. Hayden .....	277
31. Starkey .....	280
32. Hayden .....	285
33. Connor .....	290
34. Una .....	297
35. Lev .....	300
36. Cam .....	305
37. Una .....	309
38. Cam .....	314
39. Starkey .....	319
40. Bam .....	322
41. Connor .....	329
42. Nelson .....	343
43. Argent .....	347
44. Nelson .....	352
45. Hayden .....	359
46. Starkey .....	368

#### QUINTA PARTE. UNA BANDA DE CIGÜEÑAS

Los Rheinschild .....	373
47. Connor .....	376

48. Lev .....	379
49. Connor .....	383
50. Lev .....	387
51. Una .....	390
52. Connor .....	393
53. Bam .....	399
54. La fuerza .....	411
55. Starkey .....	412
56. Hayden .....	418
57. Lev .....	421

SEXTA PARTE. AKRON

Los Rheinschild .....	427
58. Connor .....	429
59. Sonia .....	433
60. Risa .....	438
61. Cam .....	443
62. Connor .....	454
63. Grace .....	462
64. Cam .....	466
65. Roberta .....	467
66. Connor .....	471
Epílogo: La viuda Rheinschild .....	481
Agradecimientos .....	485



## PRIMERA PARTE

# Sin alas

*Seguramente esta nueva tecnología médica nos liberará más que esclavizarnos, pues tengo la firme convicción de que la compasión humana sobrepasa a la avaricia humana. Para ello, fundo por la presente la Ciudadanía Proactiva como fiel salvaguarda del uso ético de la técnica del neuroinjerto. Y tengo plena confianza en que los abusos serán la excepción más que la norma.*

Janson RHEINSCHILD

*Me he convertido en muerte, en destructor de mundos.*

J. Robert OPPENHEIMER



## Los Rheinschild

—**L**O HAN FIRMADO. *La Guerra Interna ha acabado. Janson Rheinschild cierra la puerta de la calle, tira su chaqueta al sofá, y se desploma sobre una butaca como si se le hubieran deshecho por dentro todas las articulaciones.*

—*Tienes que estar de broma —dice Sonia—. Nadie en su sano juicio firmaría ese espantoso Acuerdo de Desconexión.*

*Él la mira con una amargura que no quiere dirigir hacia ella, pero que no puede dirigir hacia nadie más.*

—*¿Y quién —le responde— ha estado en su sano juicio en los últimos nueve años?*

*Sonia se sienta en el brazo del sofá, lo más cerca posible de él, y le coge la mano. Janson se la agarra a su vez con desesperación, como si la mano de Sonia fuera lo único que le impidiera caer al abismo.*

—*El nuevo presidente de Ciudadanía Proactiva, esa rata narcisista llamada Dandrich, me llamó antes de que hicieran el anuncio oficial para comunicarme que habían firmado el acuerdo. Dijo que querían que yo lo supiera antes «por la consideración que me tenían». Pero sabes tan bien como yo que lo hizo para disfrutar con mi angustia.*

—*No sirve de nada torturarse, Janson. No es culpa tuya, y no puedes hacer nada al respecto...*

*Janson desprende su mano de la de Sonia y la mira:*

—*Tienes razón, no es culpa mía. Es culpa nuestra. Lo hicimos juntos, Sonia.*

*Ella reacciona como si él le acabara de dar una bofetada. No solo se aparta de él, sino que se levanta y se pone a caminar, como si quisiera dejar la habitación.*

*«Bueno», piensa Janson. «Sonia tiene que sentir un poco de lo que siento yo».*

*—Yo no hice nada malo —insiste ella—, ¡y tú tampoco!*

*—¡Nosotros lo hicimos posible! ¡La desconexión está basada en nuestra tecnología! ¡En nuestras investigaciones!*

*—¡Que nos robaron!*

*Janson se levanta de la butaca, incapaz de soportar un instante más de sedentarismo. Quedarse sentado es como aceptar algo. Es como admitir el fracaso. Si no se levanta, terminará en esa butaca con una copa en las manos, moviendo el hielo para oír su tintineo contra las paredes del vaso, sintiendo cómo el alcohol, con su anestesia, lo hunde en la sumisión. No, esa no es su actitud. Nunca será su actitud.*

*Hay gritos en la calle. Janson mira por la ventana de la sala de estar para ver a unos chavales del vecindario que riñen y se pegan. «Salvajes», los llaman últimamente los noticiarios: «adolescentes salvajes».*

*«Algo hay que hacer con los adolescentes salvajes que ha producido esta guerra», se lamentan los políticos con sus legisladoras plumas. Bueno, ¿qué esperaban cuando decidieron desviar a la guerra todo el presupuesto educativo? ¿Cómo podían no saber que la educación pública fracasaría? Sin colegios, sin puestos de trabajo, y sin otra cosa a su disposición aparte de tiempo, ¿qué pensaban que harían esos muchachos más que crear problemas?*

*La turba de la calle (a la que apenas se puede llamar turba en realidad, pues no son más que cuatro o cinco chavales) se va sin provocar más incidentes. Nunca han tenido problemas en su casa, pese a que la suya es la única casa de toda la calle sin barrotes en las ventanas y sin cancela de seguridad. Sin embargo, algunas puertas de seguridad de la calle han sido destrozadas. Estos chicos tal vez carezcan de educación desde que cerraron los colegios, pero no son*

tontos. Ven que a su alrededor nadie confía en ellos, y eso hace que tengan más ganas de dar rienda suelta a su rabia. «¿Cómo te atreves a desconfiar de mí?», dice su violencia. «Tú no me conoces». Pero la gente está demasiado arropada en sus medidas de seguridad para oír lo que dicen.

En aquel momento, Sonia se acerca a él por detrás y lo rodea con los brazos. Janson quisiera aceptar el consuelo que ella le proporciona, pero no se lo puede consentir a sí mismo. No quiere dejar que lo consuelen, ni quiere encontrar una pizca de calma hasta que haya enmendado aquella terrible equivocación.

—Tal vez sea como en la vieja Guerra Fría —sugiere Sonia.

—¿Qué quieres decir?

—Ellos tienen esta nueva arma —dice ella—, la desconexión. Tal vez sea suficiente con la amenaza que esa arma supone. Tal vez no lleguen a usarla nunca.

—Para que haya una guerra fría se necesita un equilibrio de poder. ¿Con qué pueden responder esos muchachos si las autoridades empiezan a desconectarlos?

Sonia lanza un suspiro al comprender el razonamiento de él:

—Con nada en absoluto.

Ahora, por fin, Janson puede sentirse un poco consolado por el hecho de que ella le entienda, por la certeza de que no se encuentra solo cuando vislumbra los turbios abismos a los que puede conducir la nueva ley.

—Eso aún no ha ocurrido —le recuerda ella—. De momento no han desconectado a un solo «adolescente salvaje».

—No —dice Janson—, porque la ley no entra en vigor hasta esta medianoche.

Y los dos deciden pasar el resto de la velada juntos, abrazados, como si aquel fuera el último día de la civilización.

Pues, en cierto sentido que no tiene nada de imaginario, lo es.

## 1. Connor

**T**ODO CAMBIA con aquella muerte en la carretera: un acto tan fortuito y tan tonto que la mente se queda atónita, pensando en todas las consecuencias. Connor debería haber aparcado para dormir, especialmente en una noche de viento como aquella. Ciertamente, sus reflejos al volante serían mucho mejores por la mañana. Pero la ardiente necesidad de presentarse en Ohio con Lev le obliga a esforzarse cada día un poco más.

«Solo hasta la próxima salida de la autovía», se dice. Aunque tenía pensado parar en cuanto pasaran Kansas, ya ha transcurrido media hora de eso. Lev, al que se le da bien infundir un poco de sensatez en Connor, no resulta de ninguna ayuda esa noche, pues está tendido en el asiento del acompañante, dormido como un tronco.

Son las doce y media de la noche cuando la desafortunada criatura aparece ante los faros del coche, y a Connor solo le da tiempo de vislumbrarla un instante mientras gira el volante a toda prisa en un desesperado intento de evitar la colisión.

«No puede ser lo que me ha parecido que era...», piensa.

Aunque Connor gira completamente, aquella cosa estúpida vuelve a ponerse delante del coche, como si estuviera buscando la muerte.

El deportivo «prestado» atropella a la criatura, que pasa rodando por encima del capó como si fuera una piedra, rompiendo el cristal de seguridad del parabrisas en un millón de trocitos diminutos. El cadáver se queda atascado en el marco del parabrisa.

sas. Tiene un retorcido limpiaparabrisas incrustado en el delgado cuello.

Connor pierde el control del volante, y el coche abandona el asfalto para escorarse de una manera brutal en la maleza.

Connor grita y suelta una maldición por mero reflejo, mientras la criatura, que aún se aferra a la vida, le lanza las garras al pecho, rasgándole la camiseta y la carne, hasta que por fin Connor recupera la frialdad necesaria para pisar a fondo el pedal del freno. La abominable criatura se sale del parabrisas, propulsada hacia delante como si acabara de ser disparada por un cañón. El coche se escora como un barco que se hunde, se para de repente al caer en la cuneta, y solo entonces se despliegan los airbags, como un paracaídas defectuoso que se abre cuando el paracaidista ya está muerto en el suelo.

La tranquilidad que sigue se parece al silencio espacial desprovisto de aire, excepto en el gemido sin alma del viento.

Lev, que ha despertado en el mismo segundo en que chocaron contra la cosa, no dice nada, aunque abre la boca en busca de aire cuando le golpea el airbag. Connor ha descubierto que Lev tiene más de comadreja que de gallina: el pánico lo paraliza.

Connor, que sigue intentando asimilar los diez segundos precedentes de su vida, se mira la herida que ha recibido en el pecho: bajo la rotura de la camiseta tiene un corte en la piel de unos quince centímetros de largo. Lo extraño es que se siente aliviado: la herida no es mortal, y las heridas de la carne son algo que se puede tratar. Como hubiera dicho Risa en la época en que dirigía la enfermería del cementerio de aviones: los puntos son el menor de los males. Aquella herida necesitaría una docena de puntos más o menos. Pero el problema mayor será encontrar dónde pueda recibir atención médica un fugitivo ASP que se supone que está muerto.

Tanto él como Lev salen del coche y dejan la zanja para examinar al siniestrado. Las piernas le tiemblan a Connor de pura debilidad, pero no lo quiere admitir ante sí mismo, así que decide

que su temblor se debe tan solo a una descarga de adrenalina. Se mira el brazo (el brazo que tiene el tatuaje del tiburón) y abre y cierra la mano en un puño, tratando de transmitir la fuerza brutal de aquel brazo robado al resto del cuerpo.

—¿Es un avestruz? —pregunta Lev cuando contemplan la enorme ave muerta.

—No —le suelta Connor—, es el repajolero Correcaminos.

Eso era lo primero que Connor había pensado, irracionalmente, al ver aparecer ante los faros del coche a aquel pájaro gigante. El avestruz, que un minuto antes todavía había tenido la vida suficiente para desgarrar el pecho de Connor, está ya muerto. Su cuello roto está retorcido en un ángulo muy cerrado, y sus ojos vidriosos los miran con intensidad de zombi.

—Nos ha atacado un ave... —dice Lev.

No parece ni siquiera desconcertado por el hecho. Más bien parece un frío observador, tal vez porque no iba conduciendo él, o tal vez porque ha visto cosas mucho peores que un ave muerta en la carretera. Connor le envidia su sangre fría.

—¿Qué demonios hacía un avestruz en la autovía? —pregunta Connor. Su respuesta llega con el ruido que hace una valla ante una repentina ráfaga de viento. Los faros de los coches que pasan iluminan la enorme rama de un roble arrancada por el viento. La rama era lo bastante pesada para aplastar una parte de la valla metálica. Al otro lado de la valla pululan formas de largo cuello. Algunos avestruces ya han traspasado la brecha y se dirigen a la carretera. Había que esperar que tuvieran más suerte que su compañera.

Connor había oído que últimamente había muchas granjas de avestruces debido a la subida del precio de otras carnes, pero nunca había visto ninguna. Irreflexivamente, se pregunta si la muerte del ave sería o no un suicidio. ¿Había pensado el avestruz que era mejor morir en la carretera que asado en el horno?

—Sus ancestros eran los dinosaurios, ¿lo sabías? —comenta Lev.

Connor respira hondo, y solo entonces se da cuenta de lo superficialmente que ha estado respirando hasta ese momento, en



parte por el dolor, en parte por la impresión de lo sucedido. Le muestra a Lev la herida:

—Por lo que a mí respecta, estos bichos siguen siendo dinosaurios. Este ha intentado desconectarme.

Lev hace un gesto de dolor:

—¿Estás bien?

—Estaré bien. —Connor se quita el chubasquero y Lev le ayuda a apretárselo alrededor de la espalda y el pecho, a modo de torniquete casero.

Contemplan el coche, que no habría quedado más destrozado si se hubiera encontrado de frente un camión en vez de un ave no voladora.

—Bueno, tenías pensado dejar ese coche en un par de días, ¿no? —pregunta Lev.

—Sí, pero no de este modo.

La camarera que había sido tan amable de regalarles su coche les había dicho que aguardaría unos días antes de denunciar la desaparición. A Connor solo le queda esperar que el seguro le pague lo bastante para darle a ella una alegría.

Por la autovía pasan algunos coches más. El de ellos se halla lo bastante apartado de la carretera para pasar desapercibido ante conductores que no van mirando precisamente hacia allí. Pero hay gente cuyo trabajo consiste en mirar.

Pasa un coche que pierde velocidad cien metros más allá y da la vuelta cruzando la mediana de tierra. En el momento en que hace el giro, los faros de otro vehículo iluminan el dibujo negro y amarillo de la carrocería: se trata de un coche de policía de carretera. Puede que el agente los haya visto, o puede que haya visto simplemente los avestruces, pero en cualquier caso, las opciones de actuación de Lev y Connor se ven repentinamente reducidas:

—¡Corre! —grita Connor.

—¡Nos va a ver!

—No, mientras no enciendan los reflectores. ¡Corre!

El coche de la policía aparca a un lado de la carretera, y Lev no discute más. Se da la vuelta para echar a correr, pero Connor lo agarra del brazo:

—No: por aquí.

—¿Hacia los avestruces?

—¡Confía en mí!

El reflector se enciende, pero no los enfoca a ellos, sino a una de las aves que se acercan a la carretera. Connor y Lev llegan a la brecha de la valla. Las aves escapan de ellos en todas direcciones, constituyendo más objetivos móviles para el reflector de la policía.

—¿A través de la valla? ¿Estás loco? —pregunta Lev en un susurro.

—Si corremos al lado de la valla, nos cogerán. Tenemos que desaparecer, y este es el único modo de hacerlo.

Al lado de Lev, Connor cruza la valla rota y, como ha hecho ya tantas veces en su vida, corre en la oscuridad, sin saber dónde pisa.

---

#### A CONTINUACIÓN INSERTAMOS UN ANUNCIO DE CARÁCTER POLÍTICO

El año pasado murió mi marido de treinta y cinco años a manos de un ladrón que entró por la ventana. Mi marido intentó enfrentarse a él y recibió un disparo. Yo sé que nadie me va a devolver a mi marido, pero ahora se va a votar una proposición de ley por la que por fin los criminales pagarán por lo que han hecho, ojo por ojo y diente por diente.

Legalizando la desconexión de delincuentes, no solo reduciremos la masificación de las cárceles, sino que dispondremos de tejidos para trasplantes que podrán salvar vidas. Además, la Ley de Justicia Corporal asegurará que un porcentaje de todos los órganos procedentes de criminales vayan directamente a las víctimas de crímenes violentos, y a sus familias.

Vota "Sí" a la Proposición número 73. Porque estando unidos dividiremos a los delincuentes.

Anuncio patrocinado  
por la Alianza Nacional de Víctimas  
a favor de la Justicia Corporal

---

No pueden quedarse en el rancho de los avestruces. Hay luces en el edificio de la granja. Muy probablemente, al dueño le han notificado el problema creado en la autovía, y el lugar no tardará en estar plagado de trabajadores de la granja y de policías, intentando reunir a las aves.

A menos de un kilómetro de la granja, yendo por una pista de tierra, encuentran una caravana abandonada. Dentro de ella hay una cama con colchón, pero está tan mohoso que prefieren pasar la noche en el suelo.

A pesar de todo, Connor solo tarda unos minutos en quedarse dormido.

Tiene vagos sueños en los que aparece Risa, a la que no ha visto en muchos meses y a la que tal vez no vuelva a ver nunca. También sueña con la batalla que se libró en el cementerio de aviones, la operación que acabó con aquel santuario. En sus sueños, Connor intenta docenas de tácticas diferentes para salvar de la Autoridad Juvenil a los cientos de muchachos que están a su cuidado. Pero nada funciona nunca. El resultado siempre es el mismo: los chavales son todos o asesinados o introducidos en camiones de transporte que los llevarán a las cosechadoras. Hasta en los sueños de Connor todo resulta inútil.

Cuando despierta, ya es la mañana del día siguiente. Lev no está allí, y el pecho le duele a Connor cada vez que respira. Se afloja el torniquete. La herida ha dejado de sangrar, pero sigue encarnada, muy fresca. Se lo vuelve a tapar de manera provisional, hasta que encuentre algo mejor para cubrir la herida que un chubasquero empapado de sangre.

Encuentra a Lev fuera, investigando los alrededores. Y hay bastantes cosas que investigar, pues lo que de noche parecía una caravana solitaria resulta ser solo el edificio principal de todo un caserío de chatarra. Alrededor de la caravana hay una colección de objetos grandes e inútiles: coches herrumbrosos, electrodomésticos, y hasta un autobús escolar tan viejo que no conserva nada de su color original, y tampoco ninguna ventana intacta.

—Me pregunto cómo sería la persona que vivía aquí —dice Lev.

Aquella auténtica chatarrería inquieta a Connor precisamente porque para él tiene algo de familiar:

—Yo viví en el basurero de aviones más de un año —le recuerda a Lev—. ¡Todo el mundo tiene sus cosas!

—Cementerio, no basurero —le corrige Lev.

—¿Hay alguna diferencia...?

—El cementerio está hecho con un fin noble. El basurero es, bueno... basura.

Connor baja la vista y le da una patada a una lata oxidada.

—No hubo nada noble en nuestro final en el Cementerio.

—Déjalo —dice Lev—. Tu autocompasión se está volviendo rancia.

Pero no se trata de autocompasión, eso tendría que saberlo Lev. Se trata de todos los chicos que se perdieron allí. De los más de setecientos chicos que estaban al cuidado de Connor, más de treinta murieron y aproximadamente cuatrocientos fueron enviados a las cosechadoras para ser desconectados. Tal vez nadie hubiera podido impedirlo, pero el caso es que sucedió estando Connor al cargo. Y Connor tiene que vivir ahora sobrellevando el peso de una culpa tremenda.

Connor le dirige una larga mirada a Lev, quien, por el momento, parece conformarse con contemplar el Cadillac sin ruedas, sin capó, sin techo, y tan invadido por las hierbas por dentro y por fuera que parece una jardinera.

—Tiene una cierta belleza, ¿no crees? —dice Lev—. Es como esos barcos hundidos que al final terminan por ser parte del arrecife de coral.

—¿Cómo puedes estar tan asquerosamente contento? —le pregunta Connor.

En respuesta, Lev mueve bruscamente la cabeza con toda su rubia melena y una sonrisa intencionadamente alegre:

—Tal vez porque estamos vivos y somos libres —dice Lev—. O tal vez porque yo solito salvé tus posaderas de un pirata de partes.

Ahora Connor no puede evitar sonreírse él también:

—Déjalo: tu autocomplacencia se está volviendo rancia.

Connor no puede reprocharle su optimismo. Lo que Lev hizo en el Cementerio fue de matrícula de honor: se metió en medio de una batalla en la que no había salida y no solo había conseguido salir, sino que lo había hecho llevándose consigo a Connor, al que salvó de Nelson, un antiguo policía de la brigada juvenil empeñado en vender a Connor en el mercado negro.

—Después de lo que hiciste —le dice Connor a Lev—, Nelson querrá poner tu cabeza en lo alto de la torre.

—Mi cabeza y otras partes también, de eso estoy seguro. Pero primero tendrá que capturarme.

Solo en ese momento a Connor empieza a contagiársele el optimismo de Lev. Sí, la situación era nefasta, pero siendo nefasta, no era tan mala como podría ser. Estar vivo y libre tiene su importancia, y el hecho de que tengan una meta, un sitio al que ir en el cual podrían encontrar la respuesta a algunas preguntas cruciales, añade mucha más esperanza a la mezcla.

Connor mueve el hombro, y ese movimiento hace que le duela la herida, y ese dolor le recuerda que alguien tendría que curársela antes o después. Lo que menos falta les hacía era aquella complicación. Ninguna clínica ni sala de urgencias le curará la herida sin hacer preguntas. Si él consigue mantener la herida limpia y vendada hasta que lleguen a Ohio, sabe que Sonia le prestará los cuidados necesarios.

Bueno, si es que sigue en la tienda de antigüedades.

Y si sigue viva.

—La última indicación que vi en la carretera, antes de que chocáramos con el avestruz, indicaba que había un pueblo muy cerca —le dice Connor a Lev—. Voy a ver si pilló un coche, y enseguida vuelvo contigo.

—No —dice Lev—. Me he recorrido todo el país para encontrarte, y ahora no pienso perderte de vista.

—¡Eres peor que los de la brigada juvenil!

—Cuatro ojos ven mejor que dos —dice Lev.

—Pero si nos atrapan a uno de nosotros, el otro todavía podría tratar de llegar a Ohio. Sin embargo, si vamos juntos, nos arriesgamos a que nos capturen a los dos.

Lev abre la boca para decir algo y la vuelve a cerrar.

La lógica de Connor es irrefutable.

—Esto no me gusta nada —dice Lev.

—Tampoco a mí, pero es la mejor opción.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo mientras tú andas por ahí buscando un coche?

Connor tuerce la boca en una sonrisa:

—Camúflate en el paisaje.

Es un largo camino para ir andando, especialmente cuando uno tiene dolores. Antes de salir, Connor ha encontrado ropa blanca «limpia» en la caravana, además de un escondite donde guardaban güisqui barato, perfecto para limpiar una herida. También doloroso, sin duda, pero como dicen todos los entrenadores deportivos de este mundo: «el dolor es la debilidad abandonando el cuerpo». Connor siempre ha odiado a los entrenadores deportivos.

En cuanto había dejado de escocerle, se había hecho un vendaje más seguro, que ahora lleva debajo de una camisa descolorida de franela que debió de pertenecer al último residente de la caravana. Es una camisa demasiado abrigada para el calor que hace, pero es lo mejor que tenía para ponerse.

Ahora, sudando por el calor y aguantando el dolor de la herida, Connor cuenta los pasos a lo largo de la pista de tierra hasta que empieza el pavimento. Aún no ha visto pasar ningún coche, pero está bien. Cuantos menos ojos lo vean, mejor. La seguridad está en la soledad.

Además, Connor no sabe qué le aguarda allí delante, en aquel pueblo. En lo que se refiere a ciudades y zonas residenciales, Connor se da cuenta de que la mayoría son casi iguales, que solo cambia la geografía. Las zonas rurales, sin embargo, varían mucho de unas a otras. Algunos pueblos son lugares de los que uno querría venir y a los que querría volver: comunidades cálidas y hospitalarias que exhalan americanidad del mismo modo que los bosques tropicales exhalan oxígeno. Pero también existen los pueblos como Heartsdale, en Kansas.

Tiene pinta de ser el sitio más aburrido del mundo. Está claro que Heartsdale está económicamente deprimido, cosa que no resulta rara. Lo único que estos días se necesita para que un pueblo estire la pata es que una fábrica importante cierre o se ponga a bailar la danza de la mano de obra barata global. Heartsdale, sin embargo, no es solo un pueblo deprimido: además de deprimido, es feo en todos los sentidos y de un modo rotundo. La principal arteria está llena de arquitectura de fachada baja, plana, toda en tonos beis. Aunque hay granjas en abundancia que Connor había pasado, verdes y florecientes al sol de julio, el centro del pueblo no tiene árboles, no crece más verde que el de los hierbajos que nacen en las grietas del pavimento. Hay una iglesia nada atractiva construida en institucionales ladrillos color mostaza. El anuncio del sermón en la cartelera de la puerta dice: «¿QUIÉN EXPIARÁ TUS PECADOS? BONGOS LOS VIERNES».

El edificio más atractivo del pueblo es un parking de tres pisos, pero está clausurado. La razón, comprende Connor, es el solar vacío que hay al lado. Una valla publicitaria anuncia la construcción de un moderno edificio de oficinas, que un día podría necesitar tres pisos de aparcamiento, pero el triste estado del

solar revela a las claras el hecho de que el complejo de oficinas lleva en fase de planificación por lo menos diez años, y lo más probable es que no llegue a construirse nunca.

No se trata exactamente de un pueblo fantasma: Connor ve a muchas personas que se dirigen a cumplir con sus tareas matinales, pero siente el impulso de preguntarles: «¿Para qué os molestáis? ¿De qué sirve?». El problema de un pueblo como aquel es que cualquiera con un rudimentario instinto de supervivencia lo ha abandonado hace tiempo, tal vez para encontrar otro pequeño pueblo en el que vivir, algún pueblo que aún conserve el corazón del que carece Heartsdale. Aquí solo permanecen las almas que se quedaron pegadas al fondo de la cazuela.

Connor llega a un supermercado. El aparcamiento asfaltado que hay al lado del supermercado tiembla con olas de calor. Si quiere robar un coche allí hay muchos para elegir, pero están todos muy a la vista, así que no puede hacerlo sin riesgo de que lo descubran. Además, lo mejor sería encontrar un aparcamiento de largo plazo, en el que tardaran un día o más en notar la desaparición, pues allí, aunque consiguiera salir con un coche del aparcamiento del supermercado sin que le pasara nada, el robo tardaría menos de una hora en ser notificado. Pero ¿por qué se hace ilusiones? Un aparcamiento de largo plazo implicaría que los propietarios de los vehículos allí aparcados tenían algún sitio al que ir, mientras que la gente de Heartsdale no va a ninguna parte.

Es el hambre, sin embargo, lo que le empuja hacia el supermercado, y se da cuenta entonces de que lleva doce horas sin probar bocado. Razona que no hay nada de malo en comprar algo de comida con los veintipico dólares que tiene en el bolsillo. No es tan difícil permanecer anónimo en un supermercado durante un total de cinco minutos.

En el momento en que la puerta automática se corre hacia un lado, Connor se ve atacado por una explosión de aire frío que al principio resulta refrescante y después enfría el sudor de la ropa pegada al cuerpo. El supermercado está muy iluminado y lleno de



clientes que se mueven despacio por los pasillos, probablemente con la intención de huir del calor tanto como de comprar.

Connor coge sándwiches empaquetados y latas de refresco para sí mismo y para Lev y después se acerca a la caja automática para pagar. Pero ve que está cerrada, así que no va a poder evitar el contacto humano. Elige una caja atendida por un muchacho que parece que trabaja sin interés y sin fijarse en nada. Será un año o dos mayor que Connor, es delgado, tiene el pelo negro revuelto, y un poco de pelusa en el bigote que no le queda nada bien. El muchacho coge uno a uno los productos de Connor y los pasa por el escáner.

—¿Es todo...? —pregunta como pensando en otra cosa.

—Sí.

—¿Lo ha encontrado todo bien?

—Sí, sin problemas.

Mira a Connor una sola vez. Parece que aguanta la mirada de Connor un instante de más, pero seguramente es porque le han dicho que mire a los clientes a los ojos, igual que le han mandado hacer las preguntas que hacen siempre los chicos de las cajas.

—¿Necesita ayuda con esto?

—Creo que podré yo solo.

—Tranquilo, hombre. Ve por la sombra: ahí fuera hace un calor que derrite las piedras.

Connor se va sin más incidentes. Ha vuelto a salir al calor y está a medio camino por el aparcamiento cuando oye gritar:

—¡Eh, espera!

Connor se pone tenso, y el brazo derecho se le cierra como de costumbre en un puño. Pero cuando se vuelve, ve que es el chico de la caja que ha salido corriendo tras él, agitando una billetera:

—¡Eh, tío! ¡Te has dejado esto en la cinta!

—Lo siento —le responde Connor—: no es mía.

El chico de la caja la abre y mira el carné de conducir:

—¿Estás seguro...? Porque aquí...

El ataque llega tan de repente que pilla a Connor desprevenido. No tiene posibilidad de protegerse contra el golpe... y es un golpe bajo. Una patada a la ingle que resulta en un impacto tremendo, seguido por un dolor insoportable que aumenta como un globo al inflarse. Connor coge impulso ante su atacante, y el brazo de Roland no falla el golpe: pega con todas las fuerzas en la mandíbula del cajero, y es el otro brazo, el natural de Connor, el que se hace para atrás para coger impulso. Pero entonces siente una punzada de dolor que no puede soportar, y el puñetazo que lanza carece de fuerza. De repente, ve que su atacante está detrás de él, haciéndole una llave de estrangulamiento. Connor se debate todavía: es más grande que aquel chico y más fuerte, pero el cajero sabe lo que hace, y Connor responde con lentitud. El estrangulamiento bloquea la tráquea de Connor comprimiendo su arteria carótida. La visión se le ensombrece y comprende que está a punto de perder la conciencia. Lo único bueno de aquello es que si pierde la consciencia no tendrá que seguir soportando aquel tremendo dolor en las ingles.

---

#### ANUNCIO DE UTILIDAD PÚBLICA

Yo era de los que hacían chistes sobre los aplaudidores, hasta que a tres de ellos les dio la locura de tomar mi colegio como objetivo y se detonaron dentro de un pasillo abarrotado de gente. ¿Quién habría pensado que el simple acto de juntar las manos podría crear tanta desgracia? Ese día perdí un montón de amigos.

Si piensas que no puedes hacer nada para detener a los aplaudidores, te equivocas. Puedes denunciar a adolescentes sospechosos de tu vecindario, ya que está demostrado que la mayor parte de los aplaudidores son menores de veinte años. Fíjate en la gente que lleva ropa demasiado abrigada para el tiempo que hace, pues los

aplaudidores a menudo tratan de envolverse para no detonar accidentalmente. Fíjate también en esas personas que parecen caminar con cautela exagerada, como si cada pisada que dan pudiera ser la última.

Y no dejes de presionar para la prohibición del aplauso en los acontecimientos públicos de tu comunidad.

Juntos podemos acabar con los aplaudidores de una vez por todas. Son nuestras manos contra las de ellos.

Patrocinado por Manos Aparte por la Paz®

---

Connor se despierta plenamente consciente. No pasa por ese estado intermedio de incertidumbre y ojos llenos de legañas. Sabe que fue atacado, y sabe que está metido en un problema. La pregunta es ¿cómo de grave es exactamente el problema en que está metido?

Le duele la herida del pecho, siente martillazos en la cabeza, pero trata de no pensar en el dolor y enseguida empieza a investigar lo que le rodea. Paredes de bloques de hormigón, suelo de tierra. Eso está bien: significa que no está en un calabozo ni encerrado en un redil para ganado. La única luz que hay proviene de una bombilla que cuelga encima de su cabeza. Hay comida empaquetada y cajas de agua embotellada apiladas contra la pared que se encuentra a su derecha. A su izquierda, una escalera de hormigón asciende hasta una trampilla. Se encuentra en una especie de sótano o de búnker. Tal vez un refugio contra los tornados. Eso explicaría la comida empaquetada.

Intenta moverse pero no puede. Tiene las manos atadas a un poste que está a su espalda.

—¡Anda que no te ha costado!

Connor se vuelve y ve al muchacho de la caja del supermercado con su pelo grasiento, que está sentado en la penumbra, junto a los paquetes de comida. Después de ser descubierto, el muchacho de la caja camina y entra en el espacio iluminado:

—La estrangulación que te hice normalmente deja a la gente K. O. durante diez minutos, tal vez veinte..., pero tú has estado inconsciente casi una hora.

Connor no dice nada. Cualquier pregunta, cualquier sonido, puede ser una muestra de debilidad. Y no quiere dar a aquel tipo patético más poder del que ya tiene.

—Si te hubiera estrangulado diez segundos más, te habría matado. O al menos te habría producido daños cerebrales. No has sufrido daños cerebrales, ¿verdad?

Connor sigue sin dirigirle otra cosa que una mirada fría.

—Supe quién eras en cuanto te puse los ojos encima —le dice—. La gente decía que el ASP de Akron estaba muerto, pero yo sabía que todo eran mentiras. *Habeas corpus*, que digo yo, traedme el cuerpo y me lo creeré. ¡Pero no tenían ningún cuerpo, porque no estabas muerto!

Connor no puede contener su lengua por más tiempo:

—Eso no es lo que significa *habeas corpus*, imbécil.

El cajero se ríe con una risita tonta, y entonces saca el móvil y le hace una foto a Connor. El flash es para este como un martillazo en la cabeza.

—¿Te das cuenta de cómo mola esto, Connor? Porque te puedo llamar Connor, ¿no?

Connor baja la vista y ve que la herida del pecho ha sido vendada empleando gasa de verdad y esparadrapo. El hecho de que pueda ver la venda le hace comprender que no tiene puesta la camiseta.

—¿Qué has hecho con mi camiseta?

—Tuve que quitártela. Cuando vi la sangre, tuve que echar un vistazo. ¿Quién te hizo eso? ¿Fue alguno de la brigada juvenil? ¿Le pagaste con la misma moneda?

—Sí —dice Connor—. Lo maté. —Y se queda mirándolo, como pensando: «Y tú serás el próximo».

—¡Me gustaría haberlo visto! —dice el cajero—. Tú eres mi héroe, ¿lo sabías? —Entonces pronuncia en tono soñador—: El

ASP de Akron vuela por los aires la Cosechadora de Happy Jack, escapando de su propia desconexión. El ASP de Akron aletarga a un policía de la brigada juvenil con su propia pistola. ¡El ASP de Akron convierte a un diezmo en un aplaudidor!

—¡Yo no he hecho eso!

—Bueno, pero hiciste lo demás, y eso es bastante.

Connor piensa en Lev, que le estará esperando en aquella especie de chatarrería, y empieza a sentirse mal.

—He seguido tu ascenso a la cumbre, tío. Hasta que dijeron que habías muerto, aunque yo no me lo creí ni por un instante. Un tío como tú no muere tan fácil.

—No ha habido ningún ascenso a la cumbre —dice Connor, disgustado ante la peculiar manera de adorarlo que muestra aquel tipo, pero este no parece oír lo que le dice.

—Tú te enfrentaste al mundo. Yo podría hacer lo mismo, ¿sabes? Solo necesito que me den la oportunidad. Y tal vez un compañero en el delito que sepa lo que hace. Que sepa meterse con los poderes establecidos. Entiendes adónde quiero ir a parar, ¿verdad? Seguro que lo entiendes. Eres demasiado listo para no entenderlo. Yo siempre he sabido que si nos llegábamos a encontrar, seríamos amigos. Que congeniaríamos... que seríamos almas gemelas, y todo eso. —Entonces lanza una carcajada—. ¡El ASP de Akron está en mi refugio contra tornados! Esto no puede ser un accidente. ¡Es el destino, tío, el destino...!

—Me diste una patada en los huevos: eso no fue el destino, fue tu pie.

—Sí, no sabes cuánto lo siento. Pero ya ves, tenía que hacer algo para evitar que te fueras. Ya sé que duele mucho, pero no produce verdadero daño. Espero que no te haya parecido mal.

Al oír eso, Connor se ríe con amargura. No puede evitarlo. Se pregunta si habrá visto alguien el ataque. Si alguien lo vio, o bien le dio igual, o bien no le preocupó lo bastante para tratar de evitarlo.

—No se ata a los amigos en un sótano —señala Connor.

—Sí, también tendrás que perdonarme por eso —le dice, pero no hace ningún ademán de desatarlo—. He aquí el dilema. Sabes lo que es un dilema, ¿no? Seguro que sí que lo sabes. Ya ves, si te desato, seguramente saldrás corriendo. Así que primero te tengo que convencer de que soy tu hombre. De que soy un buen tipo, a pesar de haberte dejado K. O. y de haberte atado. Tengo que conseguir que comprendas que un amigo como yo es difícil de encontrar en este loco mundo, y que es aquí donde quieres estar. No tienes que ir a ningún sitio más. Mira: nadie viene a Heartsdale en busca de nadie.

Su captor permanece de pie y da algunos pasos, gesticulando con las manos. Abre mucho los ojos al hablar, como si estuviera contando una historia en un campamento infantil al amor de la lumbre. Ni siquiera vuelve a mirar a Connor mientras desteje sus fantasías. Connor sencillamente le deja hablar, pensando que tal vez pueda extraer de su diarrea verbal alguna información que le resulte de utilidad.

—He pensado en todo —sigue diciendo—. Te teñiremos el pelo para que sea tan oscuro como el mío. Conozco a un tipo que puede inyectarte pigmento en los ojos a buen precio para que tengan el mismo color avellana que los míos... aunque me doy cuenta de que uno de tus ojos es ligeramente diferente del otro, pero podemos igualarlos, ¿verdad? Entonces le diremos a todo el mundo que eres mi primo de Wichita, porque todo el mundo sabe que tengo familia en Wichita. Con mi ayuda pasarás tan desapercibido que nadie sabrá que no estás muerto.

La idea de llegar a parecerse a aquel tipo en algo resulta casi tan desagradable como la patada en las ingles. Y... ¿pasar desapercibido en Heartsdale? Esa es la materia de la que están hechas las pesadillas. Sin embargo, a pesar de todo, Connor hace lo que puede por esbozar una sonrisa.

—Dices que quieres que seamos amigos, pero ni siquiera sé cómo te llamas.

El otro parece ofendido:

—Mi nombre estaba en la tarjeta de identidad que llevaba puesta en el supermercado, ¿no te acuerdas?

—No me di cuenta.

—Ya veo que no te fijas mucho... Un tipo en tu situación debería aprender a ser más observador. —Y entonces aclara—: No me refiero a tu situación aquí, sino a tu situación ahí fuera.

Connor espera hasta que su captor, por fin, le dice:

—Argent. Como «sargento», pero sin la primera letra ni la última. Quiere decir dinero en francés. Argent Skinner a tu servicio.

—De los Skinner de Wichita.

Argent lo mira anonadado y cada vez más receloso:

—¿Has oído hablar de nosotros?

Connor piensa si tomarle el pelo, pero supone que a Argent no le haría ninguna gracia cuando al final se diera cuenta.

—No... es que tú lo has dicho antes.

—Ah, vale...

Ahora Argent se le queda mirando, sonriendo, hasta que la trampilla se abre y otra persona desciende por la escalera.

Es una chica que se parece un poco a Argent, aunque es un par de años mayor, más alta y un poco más fofa. No gorda, pero sí algo robusta y sin forma. Una señora sin atractivo, si se puede decir eso de una mujer tan joven. Su expresión es un poco más vaga que la de Argent, aunque apenas parece posible.

—¿Es él? ¿Lo puedo ver...? ¿Es él de verdad...?

De repente, la actitud de Argent cambia completamente:

—¡Cierra esa estúpida boca! —le grita—. ¿Quieres que se entere todo el mundo de quién nos está visitando?

—Lo siento, Argie. —Sus amplios hombros parecen plegarse ante la reprimenda. Connor no tarda en adivinar que aquella es la hermana mayor de Argent. Tendrá veintidós o veintitrés años, aunque se comporta como si fuera mucho menor. La expresión floja de su rostro revela una estupidez de la que ella no tiene la culpa, aunque está claro que Argent sí se la echa.

—Si quieres hacernos compañía, siéntate en ese rincón y quédate callada. —Argent se vuelve de nuevo hacia Connor—. Grace no sabe hablar como hay que hablar en voz baja.

—No estamos dentro de casa —insiste Grace—. El refugio está en el patio, y eso es fuera de la casa.

Argent lanza un suspiro y mueve la cabeza, dirigiéndole a Connor una mirada de sufrimiento exagerado:

—¿Te das cuenta de cómo es?

—Sí, ya veo —dice Connor, tomando nota de lo que acaba de averiguar: que aquel sótano no forma parte de la casa, sino que está debajo del patio. Lo que significa que si Connor lograra escapar del sótano, se encontraría un poquito más cerca de la libertad que si se tratara del sótano de una casa.

—¿No resultará difícil mantener el secreto de que yo estoy aquí —pregunta Connor—, cuando vuelva a casa el resto de la familia?

—No hay nadie más en la familia —dice Argent, dándole la información que Connor pretendía sonsacarle al hacerle la pregunta. No sabe si eso son buenas noticias o malas. Por un lado, si hubiera otras personas en la casa, alguna de ellas podría ser lo bastante racional para detener aquella locura antes de que fuera demasiado lejos; pero, por otro lado, una persona racional seguramente pondría a las autoridades al tanto de la presencia de Connor.

—Bueno, como tienes casa, pensé que tendrías familia. Padres, tal vez...

—Muertos —explica Grace—. Muertos, muertos, muertos...

Argent le lanza una severa mirada de advertencia antes de volverse hacia Connor:

—Nuestra madre murió joven. Nuestro padre estiró la pata el año pasado.

—Por suerte para este —añade Grace sonriendo—, porque pensaba hacer que desconectarán ese triste culo. Por la pasta.



Con un movimiento fluido, Argent coge una botella de agua y se la tira a Grace con velocidad propia de un lanzador de béisbol. Grace agacha la cabeza, pero no lo bastante aprisa, y la botella le roza un lado de la cabeza, haciéndole gritar de dolor.

—¡ESO LO DECÍA PERO NO PENSABA HACERLO! —grita Argent—. ¡YO YA ERA DEMASIADO MAYOR PARA QUE ME DESCONECTARAN!

Grace se lleva la mano al lado de la cabeza que ha sufrido el golpe, pero permanece desafiante:

—No demasiado mayor para los piratas de partes. ¡A esos no les importa lo mayor que seas!

—¿NO TE HE DICHO QUE CIERRES ESA BOCAZA? —Argent se toma un momento para dejar que se le pase la furia, y entonces busca un aliado en Connor —: Grace es como un perrito: a veces tienes que darle un aviso.

En ese momento, Connor no puede contener la rabia:

—Eso ha sido más que un aviso. —Mira a Grace, que sigue sujetándose la cabeza, pero Connor está seguro de que el dolor que la chica siente es más psicológico que otra cosa.

—Sí, bueno, la desconexión no es un asunto para andarse con bromas —dice Argent—. Eso lo sabes tú mejor que nadie. La verdad sea dicha: si hubiera podido, nuestro padre nos habría desconectado a los dos para no tener que darnos de comer. Pero con Grace no podía hacerlo, porque la ley no permite la desconexión de los subnormales, y ni siquiera los piratas de partes lo hacen. A mí tampoco me podía desconectar, porque me necesitaba para que cuidara de Grace. ¿Te das cuenta de la cosa?

—Sí, me doy cuenta.

—Personas con discapacidad intelectual —rezonga Grace—. Yo no soy subnormal, soy una persona con discapacidad intelectual. Es la manera menos insultante de decirlo.

Sin embargo, a Connor la expresión «persona con discapacidad intelectual» siempre le ha parecido bastante insultante. Re-tuerce las muñecas para comprobar la firmeza de las ataduras.

Por lo visto Argent es muy bueno con los nudos, ya que las cuerdas no ceden ni un ápice. Cada mano está atada por separado, así que tendrá que desprenderse de ambas cuerdas para liberarse. Eso le recuerda a Connor cómo había atado a un árbol a Lev después de salvarlo. Había atado a Lev para salvarle la vida contra su voluntad.

«Bueno», piensa Connor, «estoy probando el sabor de mi propia medicina». Ahora es él el que está a merced de alguien que mantiene atado a Connor por su propio bien, según piensa.

—¿No tendrás por casualidad los sándwiches que compré? —le pregunta Connor—. Porque me muero de hambre.

—Qué va. Se habrán quedado en el aparcamiento del súper, supongo.

—Bueno, ya que soy tu invitado, ¿no crees que está feo no darme de comer?

Argent piensa en ello:

—Sí, está feo. Voy a prepararte algo. —Le ordena a Grace que dé a Connor un poco de agua de las botellas que hay apiladas en las raciones de supervivencia—. No hagas ninguna tontería mientras estoy fuera.

Connor no sabe si se lo ha dicho a Grace o a él, pero tampoco importa.

Entonces Argent se va. Grace se relaja, sintiéndose obviamente liberada ahora que no está su hermano. Le ofrece la botella de agua para que Connor la coja, y entonces se da cuenta de que Connor no puede hacerlo. Así que la chica desenrosca el tapón para él y vierte un poco de agua en su boca. Connor toma un buen trago, aunque la mayor parte se cae y le moja los pantalones.

—¡Lo siento! —dice Grace, casi aterrorizada. Connor sabe por qué.

—No te preocupes. Le diré a Argent que me he meado. No te podrá echar la culpa de eso.

Grace se ríe:

—Seguro que encuentra la manera de echármela.

Connor mira a Grace a los ojos. Hay en ellos una inocencia que se va resquebrajando poco a poco.

—Él no te trata muy bien, ¿verdad?

—¿Quién, Argie? Bueno, no es mal chico. Lo único que pasa es que está furioso contra el mundo, y como no puede descargar su furia contra el mundo, la descarga contra mí.

Connor sonríe al oír eso:

—Me parece que tú eres más lista de lo que tu hermano se cree.

—Tal vez —dice Grace, aunque no parece muy convencida. Ella vuelve la vista hacia la puerta cerrada del sótano y vuelve a mirar a Connor—. Me gusta tu tatuaje —le dice—. ¿Es un tiburón blanco?

—No, un tiburón tigre —responde Connor—. Lo que pasa es que no es mío. Pertenecía a un chico que en realidad intentó estrangularme con este mismo brazo. Sin embargo, no fue capaz de hacerlo. Se achicó en el último segundo. Bueno, el caso es que lo desconectaron y a mí me colocaron su brazo.

Grace procesa la información y mueve la cabeza, poniéndose un poco colorada.

—Te lo estás inventando. ¿Te crees que soy tan tonta como para creerme que el ASP de Akron se dejaría poner el brazo de un desconectado?

—No me dieron ocasión de rechazarlo. Me lo pusieron mientras yo estaba en coma.

—Me estás mintiendo.

—Desátame y te mostraré la cicatriz donde me lo injertaron.

—Buen intento.

—Sí, supongo que habría tenido más probabilidades de colar si yo tuviera la camisa puesta y tú no pudieras ver la cicatriz por ti misma.

Grace se acerca, se arrodilla, y examina el hombro de Connor.

—¡Alucina! ¡Es verdad, es un brazo injertado!

—Sí, y me duele horrores, porque no se puede tener un brazo injertado echado hacia atrás, como lo tengo ahora por culpa de que está atado.

Grace lo mira..., tal vez buscando los ojos de Connor, como Connor buscaba los suyos.

—¿También te pusieron ojos nuevos? —pregunta Grace.

—Solo uno.

—¿Cuál?

—El derecho. El izquierdo es mío.

—Eso está bien —dice Grace—, porque ya he visto que ese es el ojo sincero. —Entonces alcanza la cuerda que ata por detrás a Connor—. No te voy a desatar, no soy tan tonta. Pero te aflojaré un poco la cuerda de este brazo para que no te tire tanto del hombro.

—Gracias, Grace.

Connor nota cómo se afloja la cuerda. No estaba mintiendo, el hombro le duele mucho por la tensión a la que está sometido. Al ceder la cuerda, Connor tira un poco de la mano, que se desliza por el lazo hasta que la mano (la mano de Roland) queda libre. Instintivamente, esa mano se cierra en un puño dispuesto a golpear. El propio instinto de Connor es hacerlo, pero la voz de Risa, siempre presente en su cabeza como si también se la hubieran trasplantado, lo detiene.

«Piensa», le dice la voz de Risa. «No te precipites».

El caso es que solo tiene libre una de las manos. ¿Sería capaz de dejar inconsciente a Grace de un golpe, y soltarse después la otra mano y escapar antes de que regrese Argent? En su estado actual, ¿sería capaz de desembarazarse de aquellos dos? ¿Cuáles serían las consecuencias si fallara? Todo esto pasa por la mente de Connor en una fracción de segundo. Grace sigue mirando asustada el puño liberado de Connor, sin saber qué hacer. Connor toma una decisión. Respira hondo, afloja los dedos y sacude la mano.

—Gracias. Esto está mucho mejor —le dice—. Ahora date prisa: átame la mano otra vez antes de que vuelva Argent, pero no la dejes tan fuerte como estaba antes.

Aliviada, Grace rehace el nudo, y Connor se lo permite sin ofrecer resistencia.

—No le contarás que te he desatado, ¿verdad? —le pregunta Grace.

Connor le sonrío. Es más fácil esbozar una sonrisa dirigida a Grace, que dirigida a Argent:

—Será nuestro secreto.

Un momento después, regresa Argent con un sándwich de beicon, lechuga y tomate, con mucha mayonesa y poco beicon. Se lo da a Connor a la boca con sus propias manos, sin llegar a notar el leve cambio que ha habido en la postura de su prisionero.

Ahora Grace confía más en Connor que en su propio hermano.

# INCO NEXION

**LA DESCONEXIÓN SE NOS VIENE  
ENCIMA CON LOS PIES SILENCIOSOS  
CON QUE CAMINAN LOS ÁNGELES**

«Pero la vida no se acaba», insisten todos  
los sonrientes defensores de la desconexión.

«Solo se transforma. Queremos llamarlo  
"vida en estado diviso"».

«Llena de suspense... El punto de partida parece  
tan inquietantemente posible... ¡Electrizante!».

*Booklist*

Llega la tercera entrega de la tetralogía  
que ha vendido más de 1 MILLÓN de ejemplares  
en EE. UU.

ISBN 978-84-678-7155-5



ANAYA

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)